
Región y nación: una antigua polémica resucitada

**Catherine Heau
Enrique Rajchenberg**

Las teorías globales despertaron gran entusiasmo y fascinaron por mucho tiempo tanto a la sociología como a la historia. El exceso despersonalizador del estructuralismo, que expulsó al actor individual de las ciencias sociales, provocó una fuerte reacción (a veces llamada “crisis de la sociología”) que intentó descalificar las teorías globales que absorbían todas las diferencias —los individuos, el grupo, la tribu...— bajo el concepto homogeneizador de “masas”. Dentro de las clases sociales surgieron “minorías” (por género, por etnias, por religión, etcétera) que clamaron por su derecho a la diferencia, por una identidad propia y específica. Pero en lugar de enriquecer el debate de las ciencias sociales, el análisis de estos nuevos tópicos arrasó con las teorías generales y el péndulo se fue al otro extremo: individuos, grupúsculos, almas sin más vínculos entre sí que su subjetividad. Las categorías objetivas fueron consideradas como los jinetes del apocalipsis: habrían acabado con el hombre, el Estado-Leviatán se habría comido a sus hijos. De este modo la posmodernidad nos regresó a la tribu.

La historia, como parte de las ciencias sociales, no escapó a esta nueva tendencia. El poder

se analizó a partir de “biografías”, los vínculos objetivos dejaron su lugar a las mentalidades, e incluso se canceló la revolución como principio de cambio.

Ilustraremos y discutiremos aquí esta fascinación por lo “micro” que diluye todo proceso social en un haz centrífugo de acciones locales. Tomaremos como ejemplo el ahora controvertido tema de la revolución mexicana. Esta nueva historiografía exacerbadamente regionalista no es más que la resurrección del viejo debate entre región y nación, es decir, entre federalismo y centralismo, tan presente a lo largo del siglo XIX.

La hiperregionalización de la Revolución Mexicana

Desde el decenio de los cuarenta surgieron impugnaciones a la revolución. ¿Dónde quedó?, se preguntaron aquellos analistas políticos y participantes directos de la gesta iniciada en 1910. La realidad se había quedado atrás con respecto a las ilusiones y esperanzas forjadas durante los años álgidos de lucha. Había que rectificar el camino errado: la llegada de los capitales extranjeros, la represión de los movimientos populares, el enriquecimiento de los funcionarios públicos y la conversión del Estado-de-la-revolución en cuna virtual de futuros capitalistas, la desaceleración de la reforma agraria fueron calificados de indicadores irrefutables de la muerte de la revolución. Para algunos estaba definitivamente sepultada; para otros, era tiempo todavía de resucitarla. Sobreveniría una segunda muerte de la revolución.¹ A partir del decenio de los setenta y sobre todo en el de los ochenta, la historia de la Revolución Mexicana se escribe en plural. Ésta es la defunción académica de la revolución. Hay quienes niegan que haya existido una revolución,² sin embargo nos interesan en este momento quienes aseveran que hubo varias —*many*— revoluciones puesto que hubo no *un* México, sino *many Mexicos*.³ La Revolución Mexicana,

¹ Aunque retomamos la frase acuñada por Lorenzo Meyer, en el sentido utilizado aquí, el acta de defunción no la firma el gobierno y su acción política, sino una corriente intelectual.

² Ver Ramón Eduardo Ruiz, *México: la gran rebelión 1905-1924*, México, Ed. Era, 1984.

³ Mark T. Gilderhus, “Many Mexicos: Tradition and Innovation in the Recent Historiography”, en *Latin American Research Review*, vol. 22, no. 1, 1987.

prosигuen, es una consigna ideológica del estado posrevolucionario que con objeto de legitimar la centralización del poder político cultivó el mentado mito de una revolución y sólo una. Ésta fue la revolución madero-carrancista de la cual emanaron las obras y los hechos: "En la actualidad, sentencia Romana Falcón, nadie habla ya de una revolución general, sino de múltiples revoluciones, con sus diferentes raíces, protagonistas, ideales, alcances y enemigos".⁴

En sustitución de una historia *nacional* de la Revolución Mexicana, se perfila y adquiere credenciales académicas la historia de las regiones y "sus revoluciones". Más aún, la microhistoria se vuelve género historiográfico apreciado y aplaudido. Historiar el terruño deja de ser una actividad desdeñable como lo era para los forjadores de la gran historia nacional, caída en desgracia, para adquirir supremacía.

Los historiadores regionales ya no son los cronistas pueblerinos, despreciados por los historiadores de la comunidad científica. Existen instituciones que financian investigaciones sobre la revolución sólo si son estudios regionales. El cronista del pueblo ha pasado a formar parte de la galería de hombres del folklore mexicano junto al fotógrafo de los zócalos y al poeta *amateur*: ya hay profesionistas que se han posesionado de su objeto de estudio.

La historia regional de los últimos años nos ha demostrado la complejidad del movimiento de 1910-1920, así como del periodo posrevolucionario de 1920-1940, las diferentes causas y motivaciones que animaron a los hombres a irse a "la bola", la obligada y elemental distinción entre el norte, centro y sur de México, etcétera. Sin embargo, como sucede recurrentemente cuando una perspectiva analítica adquiere brillo, la avalancha de estudios y el ansia por colocarse en la primera fila de la nueva corriente intelectual, produjo un desorden temático y una anomia teórica. Mientras tanto, quedaron en el tintero cuestiones esenciales que deberían haber guiado la investigación.

En primer lugar, formulamos una crítica de los desarrollos recientes de la historia regional de la revolución de 1910 en lo que a sus bases conceptuales se refiere. En segundo lugar, se trata de

⁴ "Las Revoluciones Mexicanas de 1910", en *Estudios Mexicanos*, no. 1, vol. 2, Regent's of University of California, 1985, p. 363.

definir a la región y de ofrecer una propuesta teórica de articulación entre historia regional e historia nacional. Desde nuestro punto de vista, la primera no agota la segunda; más específicamente, aludir a la revolución mexicana no constituye ningún anacronismo intelectual. A pesar de las múltiples críticas a una historia centralista y del apogeo de los estudios regionales de la Revolución Mexicana, sigue siendo válida una interpretación global de la gesta de 1910 que va más allá de una acumulación de hechos locales.

Historia regional *versus* historia nacional, un falso dilema

La historia de la Revolución Mexicana fue escrita durante largo tiempo como si los autores, situados desde un balcón de Palacio Nacional, relataran aquello que sus ojos alcanzaban a ver. Por supuesto, los más cercanos eran los sucesos palaciegos y ahí se concentraba la mirada. Explicaciones homogeneizantes de una pretendida realidad nacional, reductoras de la complejidad del territorio, confundían los proyectos estatales de quienes ocupaban la silla presidencial con la nación. El uso político de esta imagen de la revolución no cabe dentro de los límites de este artículo.

Desde hace algunos años se generaliza otro enfoque. La región resulta ser la palabra clave para emprender el estudio del movimiento revolucionario. El estudio de las regiones descubrió tal diversidad de situaciones durante el decenio transcurrido entre 1910 y 1920 o incluso después, que el enfoque otrora vigente se volvió insostenible. ¿Quién osaría afirmar que el país completo se levantó en armas el 20 de noviembre de 1910 al llamado del apóstol de la democracia? ¿Quién se atrevería a seguir afirmando que todos los hombres del campo fueron genuinos revolucionarios y que todos los peones de hacienda siguieron a algún caudillo insurrecto?

En una palabra, la realidad revolucionaria en cada región no fue una reproducción miniaturizada de lo acaecido en la capital de la República, ni se circunscribió a la pura secuencia de gobernantes en desgracia y de caudillos exitosos.

Se revela un continente infinito de cuestiones aún inexploradas en cada rincón del país. Cada región deja de ser un punto de dispersión con respecto a una curva que serviría de modelo ideal.

Ya no se puede decir: "Aquí las cosas pasaron de otro modo"; se dice: "en cada uno de los *many Mexicos*, todo fue distinto": ¡Viva la diferencia regional!

La euforia no ha terminado aún; la historia regional de las *revoluciones mexicanas* goza de buena salud. Sin embargo, el camino recorrido hasta ahora debe ser reflexionado críticamente.

¿Qué es una región? Esta pregunta no fue contestada aunque se erigió en objeto de estudio. Ello facilitó el deslizamiento del concepto de región hacia el de entidad federativa sin cuestionarse si las fronteras de una coinciden con las del otro. Hay quienes incluyen las fábricas textiles del occidente central de Veracruz en la llamada región del golfo. Explican entonces los acontecimientos revolucionarios en ese lugar como eslabones del radicalismo del golfo, cuando en realidad forman parte de un largo corredor que va desde Querétaro, pasa por el Distrito Federal, Puebla y Tlaxcala y concluye en el estado de Veracruz.⁵ Habría tantas regiones como entidades federativas, las cuales fijaron entre sí sus límites conforme a arreglos institucionales relativamente recientes.

La región tiene una existencia empíricamente demostrable a través de tradiciones compartidas, paisajes evocadores, gustos gastronómicos, vínculos familiares...; en suma, lo que sentimos como patria chica. Sin embargo, la región no es un objeto que se impone por sí solo al historiador, quien apriorísticamente podría fijar sus fronteras y su contenido. La región es un objeto que está sometido a una construcción donde se deben investigar los rasgos que le otorgan unidad a un territorio. Si pretender hacer la historia de la revolución mexicana a partir del Zócalo capitalino era engañoso, también lo es proceder a historias regionales que no son sino historias subnacionales o estatales en la medida en que su objeto son los estados de la República.

Otra vertiente de la historia regional, aparte del terruño, es la historia caudillesca, y a veces de las familias "bien" de los pueblos. Éstas son consideradas las auténticas herederas del patrimonio

⁵ Ver, por ejemplo, Abel Juárez, "La Revolución Veracruzana, el Caso de Perote, 1910-1920", en *La Revolución en las regiones*, 2 vols., Universidad de Guadalajara, tomo II, 1986. Este ensayo está incluido en la sección consagrada al golfo, donde se estudian los casos de Tabasco y Yucatán. Queda separado de los ensayos dedicados al *maderismo* en Puebla y al movimiento obrero de Metepec, Atlixco, reunidos bajo el subtítulo *Centro*.

cultural político y se tiende a hacer del acervo identitario un atributo exclusivo de éstas.

Mediante el empleo de la biografía, los historiadores retornan al estudio de los actores y de su subjetividad que el estructuralismo había abandonado.⁶ En esta corriente, los actores sólo constituían el pretexto para darle movimiento a las estructuras cuya dinámica no dependía ni un ápice de la voluntad de los hombres. De esta manera, la historia era la crónica de un proceso anunciado: no había sorpresas ni alternativas que a la acción humana se le presentaran. Todo estaba previamente determinado por las estructuras. Contra esta historia árida y aburrida, la biografía *new fashion*⁷ pretende otorgar al sujeto un lugar en el acontecer histórico.

Al respecto vale la pena recordar el viejo adagio formulado por Marx: los hombres hacen la historia, pero no en las circunstancias escogidas por ellos. El recurso biográfico ha subjetivizado a la historia: del estructuralismo se ha pasado a la fenomenología. Son las relaciones intersubjetivas de los hombres las que parecen dar cuenta de la realidad histórica. Se invoca entonces el testimonio de los hombres en que aseguran que ellos no son revolucionarios para concluir que no hubo revolución en tal o cual lugar. Así lo expresa Alan Knight:

Hay patrones históricos que los mismos sujetos históricos desconocen; o, razonando de otra forma, los historiadores, tanto como los economistas, sociólogos, o psicólogos, deben incorporar en su análisis motivos y funciones, no sólo manifiestos sino también latentes. Los cristeros se alzaron para defender su fe, según nos dicen ellos mismos; pero eso no acaba con la lista de factores explicativos que están en la base de la Cristiada.

⁶ Las *Biografías del poder* de Enrique Krauze constituyen una ilustración de este fenómeno, numéricamente reducida pero socialmente relevante. La difusión y el apoyo estatal a la obra, aunados al efecto-demostración sobre la comunidad de historiadores, justifican nuestro argumento.

⁷ En las historias de bronce, el género biográfico también es un recurso muy empleado. Los individuos adquieren proporciones colosales, pero toda su acción es comprendida a partir de determinaciones *primarias*. Por ejemplo, Zapata luchó por su pueblo porque de niño vio a su padre llorar; o bien, la extrema religiosidad de la madre del general Serrano fue la causa última de que éste se rebelara contra el gobierno (*cf.* Rafael Ramos Pedrueza). En otras palabras, se trata de un determinismo que no actúa como estructura ejercida sobre lo social colectivo, sino sobre lo sociológico individual.

Algunos villistas decidieron ir a la bola para escapar de la férula de suegras tiránicas; pero debemos tener cuidado antes de convertir a las suegras tiránicas en una causa genérica de la revolución.⁸

Los hombres no hacen siempre lo que piensan, ni piensan lo que dicen; a veces, lo que hacen se produce a pesar suyo. Ello no excluye el papel activo de la subjetividad humana en la construcción de la realidad, sino simplemente ordena el conocimiento de la realidad y jerarquiza las determinaciones de lo que existe.

Otro escollo vinculado a las biografías es el de la inmutabilidad que acaba por negar el propio proceso histórico. Con las biografías se corre siempre el riesgo ilustrado por la metáfora del individuo en el carro del Metro. Las estaciones desfilan ante él, pero el pasajero sigue siendo el mismo, invariable y ajeno al cambio de circunstancias y a la progresión en el trayecto. No es casual, pues, que en una época de auge de la ideología liberal que pone al individuo en el centro del universo el género biográfico adquiera fuerza. Recordemos aquí el ejemplo de las *Biografías del poder* de Enrique Krauze. Es una historia en migajas, por entrega y por pedazos. Respuesta ideológica al excesivo concepto de "masas" anónimas que inundaron las historias revolucionarias de los años setenta.

En lo que respecta a la Revolución Mexicana, el uso y abuso de la biografía y autobiografía sirve en muchas ocasiones para probar que si los hombres y las familias del *ancien régime* no sólo sobrevivieron a la contienda, sino además ocuparon posiciones de preeminencia social en la posrevolución, nada se alteró entre 1890 y 1920.⁹ La presencia de los mismos hombres o de los mismos apellidos a lo largo del tiempo sería la mejor demostración de que todo sigue igual que antes. Los hombres portan a lo largo de su vida el mismo apellido y las familias procuran preservarlo a lo largo de varias generaciones. En realidad este mecanismo asegura a los individuos designados, más allá de todos los cambios y todas las fluctuaciones biológicas y sociales, *la constancia nominal*, la

⁸ Alan Knight, "Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana", *Secuencia*, no. 13, México, Instituto Mora, enero-abril, 1989, p. 30.

⁹ Un ejemplo es el texto de François Xavier Guerra sobre la Revolución Mexicana, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, 2 vols., México, FCE, 1988.

identidad en el sentido de identidad consigo mismo que demanda el orden social.¹⁰

Biológicamente, los hombres se pueden preservar después de una conmoción como lo fue la revolución, pero socialmente ya no son los mismos a pesar de su mismo apellido y sus idénticas huellas digitales. Las relaciones de los propietarios de tierras con la peonada cambió;¹¹ la relación entre caudillos y masas también se transformó;¹² etcétera.

Historia regional, microhistoria, biografías de caudillos regionales, cada una con su propio método investigativo y expositivo, en el afán por demostrar la pluralidad de realidades que se cobijan bajo el término de revolución mexicana, han terminado por negar la revolución en tanto fenómeno nacional. Llevado al extremo, se trataría de rebeliones que por mera coincidencia tuvieron una simultaneidad cronológica. Con excepción de unos cuantos caudillos, el grueso de los sectores populares habrían vivido sin ver más allá de la torre de su parroquia. Región y nación nunca fueron más antagónicos.

Abundan, empero, ejemplos que desmienten la imagen propuesta. Los obreros de las fábricas textiles de Orizaba tenían orígenes étnicos diversos y ello propició rivalidades basadas no sólo en costumbres y tradiciones heterogéneas, sino también en conductas políticas distintas de acuerdo a su arraigo en la comarca fabril y en su experiencia previa de lucha. Ello no obstó para que en los intentos por unificar al incipiente proletariado se invocara a la patria antes que a los intereses de clase.¹³

El México de 1910 no refleja la imagen del México de la revolución de Independencia. 20 000 km de vías férreas, un mercado interno

¹⁰ Pierre Bourdieu, "L'histoire Biographique" en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nos. 62-63, Paris, juin, 1986, p. 70.

¹¹ En esta perspectiva hay que leer el comentario de Knight acerca del peón que después de la revolución no tenía que bajar la vista ante la presencia del hacendado ni besarle la mano.

¹² Ver al respecto la distinción entre "caudillos del siglo XIX" y caudillos revolucionarios en Heather Fowler Salamini, "Caudillos Revolucionarios en la Década: Francisco Múgica y Adalberto Tejeda", en D.A. Brading, *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

¹³ "Únicamente en el departamento de hilados nos quedan algunos de la tribu náhuatl o papalotecas, pero esperamos que no menguarán la gloria del invicto Xicoténcatl, para que unidos todos como hermanos y alejando antagonismos por la distinción de tribus cantemos el himno de redención de nuestra idolatrada Patria" (*El Paladín*, no. 732, México, 4 de febrero de 1909).

en gestación pero pujante gracias a la liquidación del antiguo régimen impositivo y la monetarización de la economía, son factores que colaboraron para que no solamente se intercambiaron mercancías, sino también para que se encontraran personas. Esta tendencia estuvo lejos de anular las diferencias regionales, pero reforzó el sentimiento de pertenencia a algo más vasto que el terruño de nacimiento. Dicho sentimiento fue abonado por la obra educativa del porfiriato aun si llevaba agua al molino de la centralización del poder político. Los ideales liberales permearon al movimiento obrero¹⁴ y al campesino,¹⁵ tal como consta en sus manifiestos y corridos. Enarbolando la constitución de 1857, expresaron sus anhelos de justicia, igualdad y democracia, conceptos que no se oponen a sus tradiciones locales. Ciertamente, la constitución liberal poseía significados diferentes para cada una de las partes. Pero el hecho de que ésta fuera dotada de sentido para todos, ya es revelador de la interiorización de una ideología nacional encarnada en símbolos compartidos y válidos para todos los que se consideraron mexicanos: bandera, constitución, Virgen de Guadalupe, entre otros.

La memoria popular durante y después de la Revolución Mexicana se nutrió de la lucha anti-intervencionista de Juárez. Si los sectores populares de la Revolución Mexicana hubieran sido tan parroquiales, no se explicaría por qué ese recuerdo, vivido o heredado, se arraigó con tal fuerza. Quien sólo se interesa por el destino de su patria chica permanece indiferente ante los sucesos allende a sus diminutas fronteras.

Reiteramos nuestro punto de vista, región y nación no son dos realidades ajenas una con respecto a la otra.

Región, identidad e historia: madre patria y suave patria

La diferencia entre región y nación no es sólo de tamaño. Ciertamente, se trata de escalas distintas pero ni la primera constituye un caso particular de la segunda, ni ésta una edición monumental de aquélla.

¹⁴ Rodney Anderson, "Los Trabajadores Mexicanos y la Política de la Revolución, 1906-1911", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 54, no. 1, North Carolina, febrero de 1974, pp. 94-113.

¹⁵ Catalina H. de Giménez, *Así cantaban la Revolución*, México, Grijalbo, 1991.

La región nace de la historia, es decir, de un pasado vivido en común por una colectividad asentada en una porción de territorio. Durante varias generaciones los pobladores de una determinada área territorial experimentaron las mismas vicisitudes históricas, afrontaron los mismos desafíos, tuvieron los mismos líderes y se guiaron por modelos de valores semejantes. Se desprende de este pasado compartido, el surgimiento de un estilo de vida peculiar y, a veces, de una voluntad de vivir colectiva que confiere su signo identitario a la colectividad. Este carácter unitario de la región, aunque no monolítico como veremos después, permite que se relacione y estructure dentro del contexto global en forma diferencial.

La región no constituye un bloque. En el seno de una región existe una diversidad de microrregiones. Son los pequeños mundos municipales o las minisociedades pueblerinas llamadas igualmente *terruños*, tierra natal o patrias chicas. Luis González y González los llama *matrias*. "El radio de acción de cada una de estas minisociedades se puede abarcar de una sola mirada y recorrer a pie de punta a punta en un sólo día".¹⁶

El área de una región o de una microrregión carece de límites precisos y no coincide necesariamente con las delimitaciones político-administrativas. Sus límites son franjas de transición donde lo regional o microrregional se va diluyendo gradualmente: "Se manejan aquí fenómenos sociales complejos y dinámicos, para los que no es dable esperar una expresión territorial delimitada".¹⁷ La región, al igual que la nación, posee una dimensión simbólica. Es, por consiguiente, una comunidad imaginada e imaginaria como la nación, aunque puede afirmarse que en virtud de su escala geográfica y de la mayor visibilidad de su sustrato territorial, la región está más próxima de los intercambios sociales de base. Es, en consecuencia, menos anónima y menos imaginada que la nación.

La región, lo hemos señalado, no es homogénea. Posee generalmente un polo que actúa como centro de un mosaico de microrregiones, de matrias, ámbito privilegiado de las *culturas populares*.¹⁸ La región polarizada —en el sentido de centros— no constituye

¹⁶ Luis González y González, *Nexos*, no. 108, abril, 1982, p. 52.

¹⁷ Guillermo Bonfil, *México profundo*, México, Alianza Editorial, 1973, p. 178.

¹⁸ Por ejemplo, el famoso "Bajío" se compone de varias microrregiones (Celaya, León, Irapuato, San Miguel, Guanajuato y Querétaro), dedicadas a actividades comerciales

un sistema cerrado; sólo se comprende en función de las relaciones que mantiene con otras regiones y con el conjunto nacional del que forma parte. Por lo tanto, la región es un nivel intermedio entre el poder y las colectividades locales de escala comunal o municipal, las así denominadas *matrias*.

Relacionaremos esta construcción conceptual con la investigación historiográfica. Interesa destacar fundamentalmente dos cuestiones.

La primera se refiere a una de las definiciones de la región en tanto articulación de "*matrias*". Se trata de sociedades de interconocimiento con débil estratificación social. Por esa razón, los conflictos interfamiliares suelen ser más visibles en ellas que la lucha de clases. El historiador de la Revolución Mexicana que se sitúa *exclusivamente* en el ámbito de la región o de la microrregión, no verá sino adhesión consensual a valores compartidos y algunos casos marginales de disenso. El revisionismo histórico asume de manera privilegiada el punto de mira de la región y sus fronteras no siempre bien delimitadas que sólo pueden dar cuenta de relaciones armónicas¹⁹ o bien de pequeñas dosis de disenso y antagonismo. Las luchas clasistas se diluyen, en esta perspectiva, en beneficio de una culturalización del conflicto.

El sujeto social, así como la conciencia clasista, no se configuran espontáneamente como lo suponían algunos marxistas de los setenta. Sucede con ellos como con la identidad regional: está determinada por un proceso de socialización mediante el cual los individuos interiorizan gradualmente una variedad de elementos simbólicos hasta adquirir el *status* de pertenencia regional o clasista.

La segunda cuestión por evidenciar se refiere al plano intermedio que ocupa la región entre las *matrias* y la nación, enfatizando que es imposible comprender a la primera independientemente de sus relaciones con la última. El papel desempeñado por los caudillos regionales durante la Revolución Mexicana no puede ser explicado

complementarias: agricultura de granos, frutas y verduras para la exportación, agricultura de temporal de autoconsumo, fábricas textiles, minería y curtidurías heredadas de la tradición ganadera de la Colonia.

¹⁹ El revisionismo enfatiza "la *armonía* por oposición a la *contradicción*, en el análisis de las revoluciones. Las diferencias sociales son ante todo culturales, de raza, ideológicas, más que de clase. Quien no aprende esto es un 'economicista', 'reduccionista' sin remedio, en síntesis, un pobre diablo falto de sofisticación teórica" (Marcos Tonatiuh Aguila, "Réquiem por la Revolución Mexicana", en *Memoria*, no. 48, México, noviembre 1992, p. 11).

sino es en su calidad de mediadores entre las microrregiones y el poder nacional.

La independencia de México nos proporciona uno de los mejores ejemplos de vínculo entre coyuntura regional y destino nacional. John Tutino²⁰ demuestra brillantemente la singularidad regional de la insurrección popular en el Bajío cuyo detonante fue una crisis social regional.²¹ Minimiza la interpretación clásica que explica la rebelión del Bajío por viejos agravios de la dominación española. Analiza la rebelión de Hidalgo a partir de la transformación agraria del Bajío entre 1740 y 1810, de la crisis industrial de 1785-1810, de la sequía de 1808-1810 y la marginación de algunos criollos. Estos factores regionales y su convergencia propiciaron el levantamiento de Hidalgo en 1810, quien no llegó a ocupar la capital y tampoco rebasó los límites de Guadalajara. Rebelión regional en sus inicios que, sin embargo, cambió el destino de la Nueva España.

Historia regional, destino nacional

Volvamos a la época estudiada. Entre 1913 y 1915 no existe propiamente un poder nacional.²² La fuerza institucional que le da vida a la nación está rota con la caída de Huerta. Precisamente, la Soberana Convención representa el primer intento de las fuerzas revolucionarias por reconstruirla a partir de una conjunción de los proyectos, idearios o simplemente anhelos de los tres *bandos*, que posteriormente se revelará imposible. Cada uno vuelca en Aguascalientes su idea de nación, de sus fundamentos, de sus símbolos, etcétera. La participación de los caudillos en la Convención debe ser vista como la presencia de individuos que representaban regiones y microrregiones.

No todos, más bien una minoría ilustrada, cumplió eficazmente el papel de articular los intereses regionales con un proyecto de nación. Lo sabemos, fue el grupo sonoreense el más experto en la

²⁰ John Tutino, *De la insurrección a la revolución en México*, México, Ed. Era, 1990, p. 50.

²¹ Esta crisis regional consistió en la confluencia de una crisis agraria —sequía— e industrial, misma que afectó a los mineros y a los artesanos, combinada con un incremento demográfico.

²² John Tutino, "Revolutionary Confrontation, 1913-1917", en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (ed.), *Provinces of the Revolution*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990.

materia. Más aun así, esto es, aquellos hombres que no sabían conjugar región con nación pretendieron que por lo menos el proyecto de nación que surgiera del cabildeo de Aguascalientes no se adueñara de la vida de sus patrias chicas.

La habilidad política de los sonorenses que lograron evitar los escollos populistas de la Convención hasta sabotearla, se combinó con una poderosa organización militar a nivel nacional que sometió a las “pequeñas guerras”²³ de tierra adentro e impuso, desde arriba y desde afuera, su proyecto nacional. Los ejemplos ofrecidos como paradigmas del carácter regional de la Revolución Mexicana son aquellos en que el regionalismo se exacerbó, paradójicamente, como respuesta a la revolución “exportada” por los constitucionalistas. El caso más sonado: la declaración de Soberanía de Oaxaca del 3 de junio de 1915, es un “desesperado intento de la clase dominante local por mantener su área de influencia geográfica libre de toda injerencia político-militar constitucionalista”.²⁴ En Yucatán, a su vez, en ausencia de un movimiento popular, Salvador Alvarado contrarresta el peligro de los anhelos autonomistas de la “casta divina” promoviendo una revolución social desde arriba y transfiriendo las funciones políticas y económicas de la clase dominante al propio Estado.²⁵ Por último, en Chiapas, los famosos “mapaches” no fueron sino un intento desesperado de resistencia regional a las medidas del gobernador carrancista, Jesús Agustín Castro:

La ira de los finqueros afectados por las medidas del “gobernador norteño”, Jesús Agustín Castro, se podía canalizar ahora en el marco de una revuelta nacional villista, a la que se agregaría aquí el sentimiento chiapaneco; es decir, las normas de conducta surgidas de la particular atmósfera local, sentimiento que sólo podría expresarse claramente a través de los terratenientes.²⁶

²³ Beatriz Rojas, *La pequeña guerra*, México, El Colegio de Michoacán, 1983.

²⁴ Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca. El Movimiento de la Soberanía (1915-1920)*, México, FCE, 1986, p. 132.

²⁵ Joseph Gilbert, *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos 1880-1924*, México, FCE, 1992, p. 96.

²⁶ Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, 2 vols., México, Ed. Era, 1985, tomo II, p. 46.

Estas regiones se encendieron con la flama de pasiones autonomistas sustentadas en identidades regionales exacerbadas por la intrusión de un poder centralista. La nación exagera la región.

En última instancia esta polémica, en el campo de la historia, es la expresión intelectual del debate político entre centralistas y federalistas. La historia política de México desde 1821 ha oscilado entre centralismo y federalismo. Uno de los hilos conductores de la historia poscolonial consiste en una controversia no dirimida que opone federalismo a centralismo. En reacción al centralismo español, la constitución de 1824 instituyó el federalismo como modelo de gobierno democrático. Las oratorias más apasionadas y violentas se dieron en torno a la disputa por una mayor o menor autonomía de los Estados. El cambio de constituciones lo evidencia. Los discursos no eran meros recursos retóricos sino que expresaban una realidad candente: expresaban la diversidad geográfica y étnica de México que a lo largo de los siglos había incubado una multitud de culturas regionales.

Más allá de la polémica partidista está la nostalgia por el terruño, por la "arcadia" rural desvaneciéndose ante el paso de la modernización. Un federalismo mítico se yergue ante un centralismo *de facto*. Las municipalidades libres, independientes del Poder Ejecutivo, deben ser un bastión de la libertad individual. Los liberales, y más tarde algunos conservadores como Lucas Alamán, confiaban en el verdadero patriotismo local y en los valores rurales para contrarrestar el avance de la colonización sajona en los territorios norteños. Fueron adeptos de la visión idílica propagada por Benjamín Constant a principios del siglo XIX:

Los magistrados de las comunas más pequeñas se complacen en embellecerlas. Conservan con esmero los monumentos antiguos. Casi en cada pueblo hay un erudito, que gusta de contar sus rústicos anales, y a quien se le escucha con respeto... La atención a las costumbres locales despierta en todos sentimientos desinteresados, nobles y piadosos... La variedad es la vida... la uniformidad la muerte.²⁷

²⁷ Citado por Charles Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora 1821-1853*, México, Ed. Siglo XXI, 1972, p. 63.

Desgraciadamente, los provincianos en aras de salvaguardarse de los ejércitos "federalistas" encargados de contener las ansias bélicas de los diversos caudillos heredados de las luchas por la Independencia, dieron la espalda a la causa pública, se ensimismaron y vieron con indiferencia lo que ocurría a la "nación". Prueba de ello, el desastre de 1847. Ante ello, Gutiérrez de Estrada propuso una monarquía constitucionalista y centralista. En consecuencia, la relativa autonomía de los municipios²⁸ pasó a ser un principio liberal irrenunciable. El discurso regionalista se vuelve argumento político. Además el principio federalista permitió que los "poderes de la Nación" no cayeran en manos francesas cuando se invadió México y cayó la capital. Todos conocemos el largo peregrinar de Juárez de un estado a otro. El porfiriato volverá a someter a los estados y reactivará el papel del *prefecto* como agente policial del poder central. Su permanente injerencia en los asuntos municipales exasperó a los ciudadanos provincianos, entre ellos a Emiliano Zapata.

Durante el porfiriato se acrecentó la presencia del Estado nacional a lo largo y ancho del país. A una realidad regional se superponía una realidad nacional. Ninguna de las dos sustituyó a la otra. Coexistieron sin eliminarse. Cuando el peso del nuevo centralismo se imponía y ofuscaba la autonomía regional, estallaba el descontento. El porfiriato transcurrió en medio de muchas revueltas que no llegaron a cuajar más allá de su patria chica. Hubo que esperar 1910 para estar frente a un movimiento realmente nacional.

En otras palabras y con otro lenguaje, al examinar con lupa un mosaico se verán los detalles de un dibujo —puntitos de color— que sólo será inteligible al observarlos en su totalidad. O bien, recurriendo a otra metáfora, diremos que el Amazonas se alimenta de múltiples afluentes; todos ellos participan en el caudal fluvial pero ninguno es por sí mismo el Amazonas.

Conclusión

No es casual que en esta época de supuesto derrumbe de todos los

²⁸ "Relativa", ya que la Constitución de 1824 preveía un *prefecto* municipal nombrado por el gobierno federal para controlar a los ayuntamientos. Porfirio Díaz revivirá esta institución y nombrará directamente a los odiados *prefectos políticos*, encargados de vigilar las elecciones locales y de supervisar todo cuanto acontecía en el municipio para reportarlo al gobernador.

paradigmas teóricos, se haya optado por el camino más *fácil*, el de las ciencias sociales de la vecindad. Parecería que el nivel *micro* permite sustraerse a toda conceptualización del objeto de estudio y a la demostración de las articulaciones del nivel de observación escogido con los demás como si aquél existiera autónomamente.

Los acontecimientos contemporáneos influyen igualmente en la balcanización de los objetos de estudio. Este fin de siglo demuestra que los hombres son más clánicos que miembros de familias nacionales. No deja de ser paradójico que en la época de mundialización del capital, las comunidades escombren sus acervos culturales en busca de los signos identitarios que los diferencian y distancian de los demás. A la luz de los efectos de esta desenfadada carrera por la identidad regional, el papel de las ciencias sociales no consiste ciertamente en anular la diversidad, pero tampoco en confinarse en mónadas de estudio sin relación entre sí.

Las teorizaciones que esta generación intelectual heredó y contra las cuales hoy se rebela no desarrollaron extensivamente conceptos para los niveles *micro* de análisis. Podría llegar a afirmarse que los desdeñaron al grado de cederlos a las figuras profanas de la ciencia, de las cuales hablamos al inicio. La *Sociedad* poseía, según estas corrientes, leyes generales que abarcaban y se imponían en sus rincones más recónditos. Bastaría con enunciar estas leyes para descifrar el más mínimo suceso acaecido en cualquier lugar. El error inverso puede producirse igualmente. En el campo que nos ocupa, se transita de las relaciones intersubjetivas descubiertas en las matrias el nivel global como si la sociedad se reprodujera únicamente a través de la conservación de relaciones familiares, de compadrazgo, de fidelidad, etcétera. El cuestionamiento de esta postura no justifica echar por la borda toda reflexión teórica, sino al contrario realizar el esfuerzo por generar las mediaciones conceptuales que van desde los niveles más *macro* hasta los más diminutos de la investigación.